Ocho relatos escritos a oscuras

Pedro Baringo

Image not found.

Capítulo 1

La Sombra en la Habitación

La oscuridad nos da miedo. Podemos fingir que no, pero siempre sentimos una sensación desagradable cuando nos quedamos sin luz. ¿Cómo podemos saber qué hay allí? No vemos nada y cualquier sonido o movimiento que notemos se amplifica, se convierte en una posible amenaza. Los monstruos que nos aterrorizaban de niños cobran vida en la oscuridad, nuestra imaginación los crea y les da fuerzas. Nuestra única defensa real es la luz, los ahuyenta, los aparta de nuestra mente al ver que lo que realmente hacía ese ruido era la nevera, o que esa sombra solo era el abrigo colgado de la percha. Pero de pequeños encontramos otras formas de defendernos de ellos. La más común es la manta. Nuestra mente infantil nos dice que mientras estemos tapados no nos podrán hacer daño, estaremos a salvo. Esta costumbre nos acompaña durante toda la vida. Pero, ¿qué pasaría si eso que sentimos en la oscuridad fuera real y nos estuviera vigilando? ¿Podríamos hacer algo contra eso? ¿La luz bastaría?

Alex se había acostado hacía media hora. Siempre le había costado dormirse, la oscuridad no le gustaba demasiado. Todo ese rato estuvo dando vueltas en la cama, tapado hasta la barbilla y abrazado a su osito de peluche. Ya era viejo y le faltaba uno de los botones que tenía por ojos. Por suerte aún se podía ver un poco de luz por debajo de la puerta, sus padres no habían ido a dormir todavía. Quizá consiguiera dormirse mientras había luz. Cuando se fueran a dormir sus padres volvería la oscuridad y con ella el miedo a lo que se ocultara en ella. No recordaba desde cuando tenía ese miedo ni por qué. Cuando era más pequeño le encendían la típica lucecita para que los niños duerman sin miedo, pero ya hacía dos años que no la usaba, ya era mayor para esas cosas, o eso dijo su padre cuando se la quitó. Prácticamente todas las noches conseguía dormirse antes que sus padres apagaran las luces, esa noche no fue una excepción. Pero se olvidó de algo, algo que lo cambió todo. No fue a hacer pipí antes de acostarse. Se despertó con la vejiga a punto de estallar y la oscuridad le rodeaba. Buscó a tientas su reloj digital y apretó el botón que lo iluminaba. La luz proyectó sombras en toda la habitación, no era muy potente pero sí suficiente. Mostraba las 3:24. Se levantó de la cama con cuidado, mirando antes si había algo en la habitación. Abrió la puerta y se sobresaltó por el ruido que hizo, en sus oídos aguzados por el miedo sonó ensordecedor. Cuando puso un pie fuera de la habitación, la oscuridad le rodeó de nuevo, se había apagado la luz del reloj. Consiguió ahogar el grito que amenazaba con escapársele y apretó el botón. Volvió a verse rodeado de sombras. Intentando no hacer ruido y apretando el botón de la luz constantemente por miedo a que se volviera a apagar consiguió llegar al baño. Entró y se sentó en la taza. Mientras estuvo allí oyó los ruidos a los que a duras penas se había acostumbrado. La nevera y su ronroneo,

los crujidos de algunos de los muebles, el goteo ocasional de algún grifo que necesitaba una reparación, etcétera.

Acabó de hacer pis, se levantó y se lavó las manos intentando que el ruido del agua no despertara a sus padres. Abrió la puerta y miró, por si había algo o alguien ahí fuera. Sólo vio sombras. Se dirigió a su habitación, estaba a punto de abrir la puerta cuando se dio cuenta de que algo no iba bien, faltaba algo. Seguía oyendo los mismos sonidos que antes, pero faltaba uno, el que siempre provenía de la habitación de sus padres, la respiración forzada de su madre acompañada de algún ronquido ocasional de su padre. Pero su habitación estaba silenciosa, demasiado. No sabía qué hacer. Si entraba y los despertaba se enfadarían con él. Si no lo hacía y les pasaba algo se sentiría culpable. El miedo le paralizó. Entonces percibió algo, algo que no figuraba en su lista mental de sonidos nocturnos y provenía de esa habitación. Sonó como un soplido, le vino la imagen de alguien apagando las velas de una tarta de cumpleaños, lo apartó de su mente, ¿cómo podía ocurrírsele eso en ese momento? Entonces se decidió, tenía que entrar. No supo si esa súbita valentía era fruto de estar medio dormido o por la subida de adrenalina debida al miedo. Se acercó en silencio a la puerta y puso la mano en el pomo, estaba helado, creía que el de su habitación no estaba tan frío cuando la abrió. Empezó a girarlo y justo cuando notó que lo había girado del todo se apagó la luz de su reloj. Se quedó sin aliento, completamente quieto, sujetando aún el pomo, pero sin empujar la puerta. Podía sentir los latidos de su propio corazón. Entonces oyó otra vez el soplido y un escalofrío le recorrió toda la columna vertebral. Consiguió apretar el botón de su reloj otra vez y volvió la luz a su alrededor. Empujó suavemente la puerta, pudo ver como se abría una rendija en la oscuridad de la habitación de sus padres. La temperatura pareció bajar tres grados de golpe, incluso creyó ver vapor salir de su boca al respirar. Siguió abriendo la puerta, ahora se veían los pies de su padre tapados por la manta. La luz alcanzó el espejo del tocador e iluminó el lado de su madre. Apenas tuvo tiempo de ver lo que pasaba. Vio su rostro cubierto de sombra, una sombra que le pareció más negra que la propia oscuridad. Entonces volvió a oír el soplido, muchísimo más intenso y con una nota de dolor. La sombra se despegó dejando al descubierto el blanco rostro de su madre. Flotó un instante en el aire y se lanzó en su dirección. Estaba paralizado cuando la sombra pasó por encima de él y desapareció en la oscuridad.

No sabía qué había pasado ni qué hacer a continuación. Estaba allí, con una mano sujetando el pomo y la otra el reloj. Estuvo así lo que le pareció una eternidad. De repente se volvió a apagar la luz y gritó. Se le oyó en todo el edificio. Intentó apretar otra vez el botoncito del reloj, pero le temblaban las manos como nunca lo habían hecho. Se le cayó al suelo, volvió a gritar, estaba a oscuras. Sintió un frío intenso a sus espaldas, el pelo se le erizó y gritó una vez más. Se lanzó contra la pared en busca del interruptor del pasillo. Golpeó la pared con el dedo corazón, notó un dolor palpitante en él pero siguió palpando la pared. Oyó el soplido que le

acosaría el resto de su vida. Esa sombra había vuelto, y estaba detrás de él, necesitaba encender la luz, necesitaba alejarla. Entonces notó algo con su meñique, había tocado algo en la pared, sólo podía ser el interruptor. Puso la mano encima y apretó. Durante un momento siguió viéndolo todo oscuro, sintió que se ahogaba. Supo que estaba perdido, pero entonces la luz lo cegó. Lo veía todo blanco. Oyó el soplido al lado de su oreja y sintió como el frío se alejaba. La vista se acostumbró a la luz justo a tiempo para ver como esa cosa desaparecía a través de la puerta del pasillo. Empezó a llorar, no estaba muy seguro del por qué, pero no pudo evitarlo. Cayó de rodillas. Le daba vueltas la cabeza. Entonces recordó los gritos que había dado y que la puerta de la habitación de sus padres estaba entreabierta. ¿Por qué no se habían levantado al oírle? ¿Qué les había hecho esa cosa? Se levantó de golpe y abrió más la puerta. Seguían inmóviles. Corrió hacia ellos dando una patada sin querer al reloj que le había caído. Llegó a la cama. Empezó a sacudió a su madre para que despertara. Ella tosió y abrió los ojos mientras cogía aire. Alex empezó a contarle atropelladamente lo que había pasado, pero ella no entendía nada, estaba aún medio dormida y se sentía ahogada. Le dio un codazo a su marido para despertarle, le dio otro y otro, pero no se movía. Entonces se dio la vuelta y gritó. Alex no veía nada desde donde estaba, se asustó. Le preguntó a voz en grito qué pasaba. Su madre se volvió hacia él con los ojos llenos de lágrimas y se levantó, bloqueándole la vista de su padre, de sus ojos abiertos e inyectados en sangre. Lo abrazó y se lo llevó a la sala de estar. Le dijo que no se moviera, que todo se arreglaría. Los dos seguían llorando. Ella cogió el teléfono y marcó tres números.

Desde el día en que murió su padre no había vuelto a dormir con la luz apagada. Ya hacía diez años que le enterraron. Los médicos dijeron que había muerto ahogado, causado por la apnea del sueño. Pero Alex no lo creía, él había visto esa sombra, había matado a su padre, lo había intentado con su madre y probablemente con él. Nadie le creyó, por supuesto, dijeron que sólo eran imaginaciones de un niño de 12 años que había pasado por una situación traumática. Fue a muchos psicólogos y psiquiatras que intentaron “arreglarle”, pero no lo consiguieron, él sabía qué había visto. Su madre se suicidó dos años después. Estaban ahogados por las deudas y habían amenazado con desahuciarles, no pudo más. Se puso en la bañera y se cortó las venas. Cuando llegó de la escuela la encontró allí. Fue pasando por varios hogares de acogida. Nunca encajó en ninguna familia. Su miedo a la oscuridad le volvía loco, daba golpes y patadas a todo lo que encontraba para que no apagaran la luz. Consiguió acabar la ESO y a los 18 años se independizó. Encontró trabajo en una granja. Vivía en una casita con una habitación, un baño y una cocina pequeña. Trabajaba 8 horas diarias, siempre de día. Por las noches se encerraba en su casa con todas las luces encendidas y una linterna siempre a mano. Ya llevaba cuatro años viviendo allí cuando ocurrió lo que llevaba años temiendo.

Era enero y hacía mucho frío. Unos días atrás había nevado bastante y el cielo amenazaba con repetirlo. Pero Alex ya se había acostumbrado, lo tenía todo previsto. Había cargado de gasolina el generador por si se cortaban las líneas eléctricas, había comprobado que le quedaban velas y tenía su linterna colgada del cinturón. Se hizo la cena y se fue a dormir. Ya se había acostumbrado a dormir con las luces encendidas y no le costó coger el sueño. Fuera empezó a nevar. A seis kilómetros de la casa de Alex un coche resbaló en el hielo y se estrelló contra un poste de electricidad. Cayó y se rompieron los cables. El conductor murió en el acto. La electricidad se fue y empezó a funcionar el generador. Alex se sobresaltó durante los segundos que estuvo a oscuras, la negrura repentina le había despertado y ya tenía la linterna en la mano y encendida cuando volvió la luz. Había puesto suficiente combustible para cuatro noches, no estaba preocupado y volvió a dormirse. A las 4 de la madrugada se despertó otra vez, aún había luz, pero había vuelto a soñar con esa noche. Decidió levantarse e ir a beber agua. Mientras abría la botella oyó un crujido y sintió un pequeño temblor proveniente de la caseta adosada a su casa. La luz fue bajando de intensidad. ¡Allí es donde estaba el generador! Encendió la linterna antes que se fuera del todo la luz. Mientras, oía como el ronroneo del motor iba disminuyendo. Fue corriendo a ver que había pasado y se encontró con dos palmos de nieve rodeando la casa. El techo de la caseta se había derrumbado dejando el generador inservible. Empezó a respirar a más rápido y su corazón estaba desbocado, ni siquiera notó el frío que le rodeaba. Tenía miedo, mucho miedo. Volvió apresuradamente a la puerta. Pero la nieve ocultaba una de sus palas, se tropezó con ella. Mientras caía apretó la linterna con su mano instintivamente, intentando agarrarse a algo. La apagó. Cuando golpeó el suelo se le escapó. Se puso a palpar la nieve en la oscuridad como loco, buscando su linterna. No la encontraba, no veía nada. Se levantó y volvió a la puerta palpando la pared.

Dentro tenía velas, solo necesitaba encontrarlas y encenderlas. Entró en la casa y cerró la puerta. Estaba yendo hacia la cocina cuando lo oyó. Era el soplido, la sombra había vuelto a por él. Por un momento se quedó inmóvil. Sacudió de su cabeza el miedo y llegó a la estantería donde guardaba las velas. Encontró dos y una tercera cayó al suelo. Al lado tenía que haber una caja de cerillas, la había dejado allí cuando llegó de trabajar. El corazón le dio un vuelco. No encontraba la caja. Siguió palpando desesperado la estantería y tras seis eternos segundos las encontró. Oyó el soplido a su lado y empezó a sentirse ahogado. Las manos le temblaban mientras abría la caja, un par de cerillas cayeron al suelo, pero consiguió coger una. La rascó contra el lateral de la caja, no se encendió, volvió a hacerlo una y otra vez mientras sentía que la vida se le escapaba. Entonces oyó el sonido más maravilloso del mundo, el chisporroteo de la llama al encenderse la cerilla. Seguía viéndolo todo oscuro, pero enseguida oyó un soplido justo delante de él. Volvió a ver la cosa que mató a su padre flotando a medio metro de su cara, alejándose. Notó calor en los dedos, la cerilla se estaba consumiendo. La acercó a la

vela para encenderla antes que fuera demasiado tarde y su luz iluminó la cocina. Por el rabillo del ojo vio una sombra escapar hacia el comedor. Encendió la otra vela y la dejó en la cocina. Fue al comedor, lo que vio allí le dejó sin aliento. Un centenar de sombras se apartaban de la luz, estaban por todos lados y se escondían en las sombras de los muebles. Oyó los soplidos de todas ellas, era un coro horrible, espantoso. Se quedó allí quieto tapándose las orejas, gritándoles que se fueran, que le dejaran en paz. Ése sonido le volvería loco, tenía que pararlo, tenía que destruir aquellas cosas. Detrás de él sonó un soplido más, se giró a tiempo para ver como la vela de la cocina se apagaba. Olió a quemado, le recordó al olor del plástico cuando lo acercas a una llama. Una de esas cosas había apagado la vela. Venían a por él, acabarían con él como acabaron con su padre.

Amaneció cuatro horas más tarde. La casa había quedado reducida a cenizas y un palmo de nieve la cubría. En medio estaba Alex, sólo quedaban sus huesos chamuscados. Había prendido fuego a todo lo que encontraba y se había sentado en el sofá, riendo. Su risa de loco se convirtió en un grito ensordecedor de dolor cuando las llamas rozaron su piel y le envolvieron. Había vencido a la oscuridad, acabado con la sombra, pero pagó el precio más alto.

Capítulo 2

Mecánica (ir)Racional

Se reían de él desde primaria. Era bajito, con orejas de soplillo y llevaba gafas, siempre estaba solo. Pero consiguió seguir adelante, ignorar lo insultos. Entonces llegó la ESO y destacó en algo, sacaba buenas notas. No solo buenas, excelentes, superaba al resto de la clase en todas las asignaturas, excepto en gimnasia. Había dejado de ser "el rarito" para ser "el empollón rarito". Todos se metían con él, le llamaban cuatro-ojos, Dumbo, orejones, gnomo y de infinitas formas más. Intentaba ignorarles, pero no era fácil. Odiaba a uno de sus compañeros en particular, José Gutiérrez. Una vez le había seguido hasta su casa tirándole piedras todo el rato, cayó dos veces lastimándose las rodillas y los codos, pero siguió corriendo. En clase no paraba de tirarle bolitas de papel ensalivadas. José era el más popular de la clase, nadie se metía con él, todos le animaban hiciera lo que hiciera. Los profesores sabían que hacía la vida imposible a Marcos, pero preferían no meterse.

Sus únicos amigos eran Newton, Leibniz, Euler, etcétera. Estaba enamorado de la física y las matemáticas, eran su vía de escape, su refugio. Entonces llegó el Bachillerato, no cambiaron mucho las cosas. José ya no estaba, pero Alberto ocupó su lugar. No sabría decir cual era peor, el primero era más cruel, pero el nuevo era más listo. Tenía más y mejores ideas para meterse con Marcos. Le aflojó los tornillos de la silla, le desenroscó la punta del tippex justo antes de un examen y mil bromas más. Solo fueron dos años, consiguió soportarlo. Consiguió entrar en Física y allí, al fin, se sintió en su mundo. La gente era simpática, no se metían con él, incluso hizo amigos con sus mismas aficiones y gustos. Aprendió mucho. Los profesores eran simpáticos con él y le animaron a seguir en la universidad cuando. Consiguió pasar las oposiciones y empezó su carrera como profesor. Los primeros años fueron maravillosos, los que antes habían sido sus profesores ahora eran sus compañeros y se incorporó con mucha facilidad. Los alumnos eran buenos, no se metían con él y en general se comportaban bien. Al fin encajaba.

A los cinco años recibió una carta. La universidad necesitaba a un profesor de física para la escuela de ingeniería y le habían escogido a él. Enseñaría "Mecánica Racional" a los alumnos de primero. La despedida fue dura, había hecho amigos allí y ahora tenía que cambiar, conocer a gente nueva, gente que probablemente no compartiría sus gustos. Los ingenieros tenían fama de ir siempre a lo práctico, a lo útil. Él prefería descubrir como funcionaban las cosas, el por qué. Tendría que cambiar de chip y adaptarse a lo que se encontrara.

Se presentó en el departamento de física de la escuela, fueron simpáticos con él, le contaron en que consistía el temario, como iría la evaluación y

todas esas cosas. Pero echaba algo en falta, no había buen rollo entre ellos, no encontró la complicidad que había en la facultad. El temario que le tocaba impartir era aburrido y fácil, parecía de bachillerato. Él quería retos, quería enseñar cosas más avanzadas. Por suerte los alumnos se portaban bien y el resto de profesores no especialmente eran antipáticos. Los años fueron pasando, se hacía mayor, pero sus alumnos tenían siempre la misma edad. Cada curso le parecía más aburrido que el anterior. Le parecía que los alumnos iban a peor cada año que pasaba. Tenía que llamarles la atención más a menudo y se mostraban más irrespetuosos. Se enteró que le ponían motes, orejotas, enano... No habían cambiado mucho desde sus años de estudiante. Lo ignoró. Los suspensos fueron aumentando, no sabía si era porque cada vez los estudiantes eran más estúpidos o porque él lo hacía más difícil, sospechaba que era el primer motivo. Los alumnos suspendidos iban a revisión de examen, no faltaba ni uno, todos quejándose, que su nota era injusta, que se la subieran para no tener que repetirla y pagar más. ¡Incluso le llegaron a venir llorando diciendo que sus padres les castigarían sin salir! ¿Cómo iba a aprobar a alguien para que pudiera salir de fiesta? Era incapaz de entender a esa juventud, siempre pensando en salir, emborracharse. Menuda pérdida de tiempo. El máximo exponente de ese tipo de personas se presentó en su clase el primer día del curso. Llegó media hora tarde, mientras acababa de explicarles al resto de alumnos como se evaluaría la asignatura. Iba vestido con una especie de chándal oscuro, con una gorra (¡una gorra!) y unas deportivas. Ni siquiera intentó pasar desapercibido, fue paseándose por las mesas, saludando a sus amigos en voz alta, como si Marcos no estuviera allí. Se indignó, paró la clase y se acercó a él. Lo vio, pero hizo como si nada. Le dijo que se sentara, que estaba interrumpiendo la clase. El chico se irguió, le pasaba una cabeza. Mirándole con aire de superioridad desde allí arriba le dijo que ahora iba, que no le estresara. Se sentó al final de la clase, sin darse ninguna prisa. Marcos volvió a la pizarra y siguió con la explicación. De vez en cuando oía murmullos al fondo de la clase y veía como se reía con sus compañeros, pero decidió pasarlo por alto esa vez.

Las clases siguieron y ese chico siguió molestando. Lo buscó en la lista de alumnos. Se llamaba Daniel Gallego, en la foto que había puesto de perfil en el campus virtual salía con la gorra y sacando la lengua. ¿Como podían permitir que hicieran eso? Ya no había seriedad ni en la universidad. Les hizo hacer un trabajo, no era muy complicado. Suspendió más de la mitad de la clase, Daniel incluido (o DaNi G, como había escrito como nombre). Cada día lo odiaba más, era tan irritante como los que le habían hecho la vida imposible de joven. Al cabo de un día de salir las notas fue a pedirle que le subiera la nota, aunque más que pedir le amenazó. Le dijo que cómo se atrevía a suspenderle, si el trabajo estaba bien hecho, que lo había copiado de un chico que tenía un ocho, que le subiera la nota. No pareció darse cuenta que había admitido que lo había copiado, ¿cómo podía haber entrado en la carrera siendo tan estúpido? Para quitárselo de encima le dijo que ya se lo miraría a ver que podía hacer. Estuvo tentado

de bajársela, pero no le apetecía que volviera por su despacho. Unos días después, al ver que su nota seguía igual pasó al ataque. Empezó con tonterías dignas de un niño de primaria. Le puso una chincheta en la silla. Marcos no la vio y se sentó. Se puso rojo como un tomate. Un crío con el cerebro de un chimpancé lobotomizado le estaba haciendo perder el poco respeto que imponía, ¿cómo era posible?

Habló con el jefe de departamento, a ver que podía hacer. Le dijo que lo ignorara, que seguro que se cansaría y le dejaría en paz. Menuda ayuda... Cada día estaba más harto de esa universidad y su gente. Las clases se convirtieron en un infierno para él. Cuando no le había dibujado en la pizarra con el culo rojo, las orejas desproporcionadas y bizqueando, le hacía alguna "bromita", como llenarle la silla de tiza para que fuera todo el día con el pantalón blanco, desconectar el proyector cuando sabía que pondría diapositivas o girar todas las sillas para que miraran a la pared. Marcos era incapaz de comprender como el resto de alumnos le seguía el juego. La gota que colmó el vaso fue ese día que encendió el ordenador del aula y apareció una película porno en el proyector. Había desconectado el ratón y el teclado, el volumen estaba al máximo. Vinieron profesores de otras aulas a quejarse por el ruido y no pudieron evitar reírse. Marcos enrojeció, de rabia y de vergüenza a partes iguales. Sudaba profusamente, se le notaban las manchas en la camisa. Nunca había sentido tanta humillación. Esa noche decidió vengarse, hacer que se rieran de Daniel y así dejara de meterse con él. Se obligó a recordar todo lo que le habían hecho de pequeño, todas las bromas. ¿Quién mejor que él para saber cómo derrumbar a alguien?

Empezó con cosas sencillas. El lunes desatornilló su silla. Al sentarse cayó de espaldas y gritó como una niña. Marcos tuvo que contener la risa, pero no por mucho rato, el resto de los alumnos no se reían, parecían incluso preocupados. Le ayudaron a levantarse y no paraban de preguntarle cómo estaba. Se había dejado una variable en su ecuación, Daniel era popular y él no lo había sido nunca, por eso se reían de él y no de DaNi G. Tendría que encontrar la forma de humillarlo, reducirlo a lo que había sido él, un marginado. Quería verle llorar. No sería fácil y de momento no tenía ni la más remota idea de cómo hacerlo. Pensó en bajarle los pantalones de alguna forma, pero prácticamente ya los llevaba bajados todo el rato. Castigarlo quizá diera resultado, pero la normativa académica probablemente no lo permitiría. Estaba en una calle sin salida. Pasó una semana pensando mientras él seguía riéndose de Marcos y gastándole bromas pesadas. Por suerte había aprendido a evitarlas y Daniel no era lo suficientemente listo como para innovar. Necesitaba encontrar su punto débil.

¡Cómo había sido tan estúpido! Su punto débil estaba clarísimo, necesitaba la aceptación de los demás, ser popular. No tenía que hacerle la vida imposible a él, tenía que hacérsela a los demás, pero que creyeran que eran obra de DaNi G. Estuvo una semana seleccionando a sus

víctimas, tenían que ser populares para que el resto se solidarizara. No fue difícil. Las bromas a usar tampoco le costaron demasiado, tenían que ser lo suficientemente sencillas para que se le pudieran atribuir a él. Empezó el jueves. Pegamento en el asiento de la chica sentada a su lado, una chincheta en el asiento del chico por el que se volvían todas locas, en el corcho de la pared un fotomontaje con dos de sus compañeros besándose desnudos firmado con su letra (era tan burda que no le costó nada imitarla). Funcionó. Eso sólo sería el principio. El chico guaperas pegó un grito y miró acusadoramente a Daniel, que estaba riendo. La chica le dio una bofetada y se fue llorando al baño, tapándose el trasero (mal día para llevar falda). Sus dos "amigos arrancaron" la foto de la pared enfadados. Pero parecía que no se daba cuenta, después de tantos años siendo popular ni se planteaba que esa etapa pudiera acabar. Para el lunes siguiente ya tenía pensada su jugada. Una bomba fétida en la zona donde se sentaban el grupo de chicas populares sería suficiente, por supuesto no dejaría de hacer clase ni permitiría que se fueran. Al cabo de unas semanas se palpaba el odio en el ambiente. Sólo lo quedaban un par de amigos y su sonrisa burlona había desaparecido de su cara.

Les puso otro trabajo. Esta vez ni siquiera lo entregó, ni él ni sus amigos. Les envió un e-mail parta que se reunieran en su despacho. Le pondría la puntilla a su humillación. Si él, el profe rarito con el que siempre se metía, le dejaba a la altura del betún delante de sus amigos perdería el poco respeto que le quedaba. Estuvo toda la noche pensando qué decirle, repasándolo, mejorándolo. Llegó tarde, como siempre, y sus compañeros iban con él. Les hizo sentar a todos menos a él, no quedaban sillas, estaba todo planeado. Les pidió explicaciones, Daniel se impuso como representante de todos, como había supuesto. El chico se quejó, si les hubiera dado más tiempo lo habrían entregado, era muy cabrón dejando tan poco tiempo para hacerlo. Decidió ignorar. Contestó que el resto de alumnos había podido hacerlo y entregarlo a tiempo, incluso algunos se adelantaron una semana. Su objetivo era ponerle nervioso y que se fuera de la lengua, como la última vez. Les dijo que tenían que esforzarse más, que se quedarían atrás, que aprendieran de los otros. Acababa de darle la pala para cavar su propia tumba y el muy estúpido la usó. El color le subió a la cara y empezó a insultar, se quejó de Jaime, de Roberto, de María, ninguno le había dejado copiarse, los muy cabrones le ignoraban y le daban largas. Le había pillado y sus "ya no tan amigos" se dieron cuenta. Miró a sus compañeros confundido, no entendía por qué sus caras reflejaban tanto odio. Tardó diez segundos en darse cuenta, palideció y se calló. Le conté lo que sucedía con los que copiaban. Suspendían la asignatura y podían echarlos de la carrera. Les dejó unos minutos para que lo procesaran, para que el miedo calara en sus cabezas huecas y cuando les vió lo suficientemente hundidos les echó una cuerda. Si hacían un trabajo extra se lo perdonaría, pero si intentaban copiarlo y se enteraba llegaría hasta las últimas consecuencias. Todos le dieron las gracias, menos Daniel, claro. Estaba mudo. Las siguientes semanas fue viendo como caía en la decadencia. Estaba sólo y marginado, ya no le

quedaban amigos.

Corrigió los trabajos. Aprobaron todos menos DaNi G. Apenas había hecho nada, las hojas estaban llenas de dibujos y caricaturas de Marcos. Le puso un cero, aunque merecía menos. Al día siguiente le estaba esperando en la puerta del despacho, con cara de cabreo. Le dijo que no había revisión de ese trabajo y le cerró la puerta en las narices. Se fue dando una patada a una papelera. Volvieron las bromitas. Ahora lo hacía por venganza, se le notaba en los ojos. Ya estaban a final de curso, así que decidió pasar, no tendría que aguantarlo mucho más. El examen final fue fácil, la mayoría aprobó, incluso los amigos de Daniel. Pero él ni siquiera se esforzó. Se burló de él en el examen insultándole directamente. La revisión de examen era una semana después de colgar las notas. Fue una de las peores semanas que tuvo Marcos en su vida. Le despertaban a media noche llamando al teléfono, se le pinchó una rueda, el ordenador de su despacho se estropeó al recibir un e-mail con un virus...

Entonces llegó el día de la revisión. Por la mañana vinieron unos seis alumnos, dos de ellos ya aprobados, pero creían merecer más nota. No la subió a nadie, estaba de muy mal humor, esa noche habían llamado diez veces. Por la tarde fue Daniel, casi sacó la puerta del quicio al abrirla. Empezó a gritarle, a amenazarle. Le dijo la típica frase de "no sabes con quién te estás metiendo". Le llamó de todas las formas posibles. Golpeó la mesa, le dió golpes en el pecho con un dedo. Le amenazó con que como no lo aprobara seguiría puteandole y esta vez no serían solo las ruedas del coche. El interruptor de la cordura en el cerebro de Marcos se apagó. La cara del chico se convirtió en la de José, la de Alberto y la de todos los que alguna vez se habían reído de él. Cogió con las dos manos el teléfono de la mesa de su despacho y golpeó la cabeza de Daniel. El aparato se rompió y él cayó inconsciente. Marcos estaba respirando muy rápido, la adrenalina corría por todo su cuerpo y se sentía genial. Hacía mucho tiempo que quería hacer algo así. ¿Así que Daniel no entendía que estaba suspendido? Pues se lo demostraría, lo suspendería de la forma más literal posible. Arrancó el cable del teléfono, hizo un nudo corredizo y lo pasó por encima de la viga del techo. Ató el nudo al cuello del chico y tiró del otro extremo. Lo dejó allí colgado mientras seguía con su trabajo. Nunca se había sentido más tranquilo en toda su vida.

Dos horas más tarde se lo llevó la policía. No se resistió, les dijo que tenía que hacerlo, era la única forma que lo entendiera, lo mejor era dejarlo suspendido del techo. Estuvo riendo en su celda como un loco, hasta que su compañero le dejó sin sentido de un puñetazo. Al día siguiente su compañero no despertó, un lápiz le sobresalía del ojo derecho. Debía imponer respeto desde el primer día, ahora lo tenía claro.

Capítulo 3

Romper la Rutina

La vida es rutinaria, al menos para la mayoría de la gente. Vamos de casa al trabajo y del trabajo a casa, siempre lo mismo, una y otra vez. Llega un día que lo automatizamos tanto que apenas pensamos en lo que estamos haciendo ni nos damos cuenta de lo que ocurre a nuestro alrededor. En la sociedad actual cada uno se preocupa de sí mismo, ya tenemos suficientes preocupaciones como para fijarnos en las de los que nos rodean. Son personas sin rostro, simples decorados con sus propias rutinas. Alba era una de estas personas, quizá alguno de vosotros se cruzó con ella alguna vez. Tenía su rutina fijada: levantarse, desayunar, ir al trabajo, comer, volver al despacho, volver a casa, comprar la cena, cenar, dormir... Una y otra vez, cada día desde que empezó a trabajar. A muchos os parecerá una situación familiar. Cualquiera de nosotros podría ser ella. Sí, de acuerdo, los fines de semana son distintos, pero pensadlo más a fondo, ¿realmente cambiáis tan a menudo de actividades de un fin de semana a otro? Alba quería creer que sí, pero salvo escasas excepciones, acababa haciendo lo mismo cada fin de semana. Algunos estaréis pensando, ¿Qué tiene de interesante esta chica si por como la describes es igual a cualquiera de nosotros? Pues hasta ahora no se diferencia absolutamente en nada a vosotros, pero esperad un poquito. Seguidme.

Es lunes, el día menos querido por todos, pero igual a cualquier otro. De momento. Estamos en la estación, pronto llegará. Nada más rutinario que el tren, siempre el mismo recorrido, seguro que estáis de acuerdo. Ahí está, vamos tras ella. Se ha sentado en el mismo sitio de siempre. Es un fenómeno curioso, la gente suele ocupar siempre el mismo lugar, si tiene la opción, o, en su defecto, en un sitio próximo. El suyo está entrando por la tercera puerta del coche del final, a la derecha, de espaldas a la dirección del movimiento, en el pasillo. Nunca se ha preguntado por qué se sienta allí, ni lo va a hacer, cuando entró por primera vez se sentó en ese lugar y desde entonces no ha cambiado. Todo es normal en el tren. Ve las mismas caras de siempre en los mismos asientos, los extras de la película que es su vida. El tren ha empezado a avanzar a la hora programada, sale de la estación y sigue su recorrido de siempre. Los extras van bajando en las estaciones de siempre. Quedan tres paradas más para llegar a la suya. Acaba de entrar alguien nuevo, tampoco es tan extraño, Alba apenas se fija. Es ese chico joven de allí, el que avanza hacia nosotros. Exacto, el del pelo muy corto con la chaqueta marrón, un punto para ti. Se acaba de sentar delante de Alba, que ni siquiera levanta la vista. El tren arranca otra vez. Estamos a punto de entrar en un túnel, estad atentos. La luz se va unos instantes, tranquilos, ocurre a menudo. Lo que no es tan común es que la gente desaparezca, ¿verdad? Por mucho que busquéis no lo veréis, el chico ha desaparecido, en los dos escasos segundos en que no había luz se ha esfumado. Somos los únicos que nos

hemos fijado, el resto estaban absortos en sus propios problemas. Alba tampoco se ha dado cuenta, pero poco a poco nota que ha pasado algo. Aún no sabe el que, lo podéis ver en su cara, ha fruncido el ceño, pensativa. Esperad un segundo… ¡ahora se ha dado cuenta! Le ha costado un poco. ¿Veis como busca disimuladamente a su alrededor? No le encontrará ni que se ponga a buscar en el relleno de los asientos. Está desconcertada, empieza a preguntarse si se ha dormido y el chico ha bajado, pero es imposible, no han vuelto a parar. Decide que es mejor olvidarlo, seguro que es eso, no se ha dado cuenta de que se iba. Es curioso como reaccionamos cuando nos encontramos con algo que no sabemos explicar. Muchas veces lo apartamos de nuestra mente y lo olvidamos, ¿para que buscarnos más problemas? Pero Alba no podrá hacerlo, el destino es cruel y volverá a recordárselo.

Sigue la rutina el resto de semana. No sucede nada extraordinario, nadie desaparece delante de ella, no se descubre que la magia existe ni nada por el estilo. Pero vuelve a ser lunes, vuelve a coger el tren y a sentarse en el mismo sitio. Y nosotros seguimos aquí, donde la última vez. Nadie se sienta en el asiento delante de ella en todo el recorrido. Volvemos a pasar por el túnel y la luz se va otra vez unos segundos. Tranquilos, no ha aparecido nadie, ¿veis? Todo parece normal, ¿o no? Acerquémonos al asiento… allí en ese rincón. ¿Qué os parece? Curioso, ¿verdad? Os juro que eso no estaba allí cuando hemos subido. ¿Lo reconocéis? Haced un poco de memoria, ¿recordáis el lunes pasado?, ¿al chico ese que desapareció? Fijaos bien en él. ¿Lo veis ya? ¡Exacto! Llevaba un piercing en la oreja, idéntico al que ha aparecido, bueno, no creo que tuviera esas gotas de sangre, pero por lo demás es igualito. Alba no lo ha visto, aunque no creo que le diera mucha importancia.

Vuelve a pasar otra semana. Rutina, rutina y más rutina. Ya estamos otra vez a lunes y volvemos a encontrar a Alba sentada en su asiento. Hoy si se ha sentado alguien delante de ella. Esta vez es una chica, su carpeta indica que es estudiante. Es mona, ¿no os parece?, con su media melena rubia y sus ojos verde azulados. Parece que tiene un examen hoy, a ver… Sí, los apuntes son de Álgebra. Mirad, ya casi hemos llegado al túnel. ¿Preparados? Ya está. Otra vez la luz. Deberían arreglarlo. Que lastima, la chica sigue aquí, ¿sorprendidos? Esperabais que ya no estuviera, ¿verdad? Miradla, está bien, como antes de pasar. ¿Nos acercamos? ¡Oye, tú! No te acerques tanto. ¡Sí tú! El que le está mirando el escote, estamos aquí por algo serio. Muy bien. Nada extraño a primera vista. Ella aún no lo ha visto tampoco. Atentos, va a cambiar de página. Ya está, ya lo habéis visto todos. Sí, es pelo, y sí, es sangre. Pobre chica, se le han manchado los apuntes con la sangre de aquel chico (¿os parece bien que le llamemos Pol de ahora en adelante?). ¡Vaya pulmones tiene la chica! Casi me deja sordo del grito que ha pegado. Quizá no tendríamos que habernos acercado tanto. Bueno, Alba se ha dado cuenta (¿cómo no?). Está mirando a la chica, desconcertada, no ha visto aún la sangre. Solo ve a una chiquilla gritando como una posesa (llamemos a la chica Laura). Le

enseña los apuntes a Alba con cara de asco y ella se aparta, que asco. Todos se han girado, algunos enfadados, otros preocupados. La chica está a punto de llorar, pobrecita, no me extraña. Se está mirando, a ver de dónde puede estar sangrando. Alba no sabe qué hacer, normal, no sabe qué está pasando. Y seamos sinceros, no lo va a relacionar con el lunes que desapareció Pol, hace dos semanas, en el mundo de la rutina es una eternidad. Laura se baja en la siguiente estación, blanca como el papel y sujetando sus apuntes con dos dedos. Va a suspender el examen, pero tranquilos, en la recuperación de junio aprueba. Alba sigue con su vida una semana más, que disfrute mientras pueda.

Y otro lunes. Estaréis odiándome, por quedar siempre el mismo día y tan temprano, pero es que si no os lo perderéis y hoy va a molar. Está todo como siempre, ya os lo conocéis de memoria. Alba va bastante cargada, necesitaba el portátil y lleva unos cuantos libros. Lo del asiento de delante son sus bolsas. Ya se ha olvidado de lo de Laura (no se puede decir lo mismo de ella, sigue con pesadillas desde ese día). Allí está el túnel. Las luces se apagaran en cinco, cuatro, tres, dos, uno… Ya está. ¡Sorpresa! Otra vez parece que no ha pasado nada. ¡Hui! Se acaba de caer una de las bolsas. Tranquilos, ya la recoge Alba. Mirad, algo la ha extrañado. ¿Os digo el que? Venga, seré bueno. Pesa más de lo normal. ¿Que será, será? A ver, hasta ahora teníamos pendiente, pelo y sangre. ¿Qué toca hoy? Acercaos un poco ahora, que abre la bolsa, pero no mucho, va a gritar. Allí está, un poquito más de Pol. Su cabeza, para ser más concretos. Veis, os dije que no os acercarais demasiado, casi me quedo sordo yo, que estaba aquí detrás. Pobre Alba, de un susto así cuesta reponerse. Ya paramos en la estación. Mirad como corre ese hombre. Habrá ido a buscar a los de seguridad. Alba está en shock, no me extraña. Se la llevan con sus bolsas, ni se ha dado cuenta. ¿La seguimos el resto del día hablando con la policía y todo eso? Mejor no, es aún más aburrido. Os lo cuento por encima. No encuentran de qué acusarla, no hay huellas en la cabeza ni nada que la relacione. La envían a un psiquiatra y más o menos la ayudan. Nadie la cree cuando les cuenta lo de la chica y los apuntes. Tampoco cuando recuerda lo del chico que desapareció.

Ya han pasado dos semanas. Vuelve a ser lunes y esta vez le acompaña el psiquiatra, forma parte del tratamiento, va a demostrarle que no pasa nada en el tren, pobre infeliz. ¿Los veis? Le está pidiendo que se siente en el asiento que según ella está maldito. Cómo tiembla, está asustadísima. El psiquiatra está sentado delante de ella, en su sitio. Mirad como suda a medida que nos acercamos al túnel. Él está tranquilo. Ya llegamos. Adiós luz, hola luz. Quizá tenía que advertiros antes. Vomitad sin mancharme por favor. Por si no os habéis dado cuenta Alba ya no está. Eso que os ha hecho vomitar era Pol. Estaba más guapo antes, lo sé, con carne y piel alrededor de sus huesos era más fácil de mirar. Y estaréis de acuerdo conmigo en que el olor a podredumbre no le ayuda mucho. Se hace difícil mirarle, con trozos de piel colgando de sus huesos y ese liquidillo verdoso cayendo al suelo. Que le falte la cabeza casi es secundario. Ya hemos

llegado a la estación. ¡Como corre la gente! ¡Tú! No te vayas, que aún falta un poco para que acabe. Vale, vete. ¡Cobardica!

Pues eso, que nuestra amiga Alba se ha ido y Pol, o lo que queda de él, ha vuelto. Fijémonos en el cuerpo. Ya lo sé, no es lo más agradable del mundo, pero hemos venido para esto, ¿no? Mirad los huesos, sobretodo el fémur, allí se ve perfectamente. ¿A que os recuerda a algo? Premio para el chico del fondo. Mordiscos, como los que dejan los perros, si midieran dos metros de largo y tuvieran las mandíbulas de un tiburón, claro. Y el liquidillo verde parecen mocos líquidos, ¿podría ser la babilla de los perritos monstruosos?. Pobre Alba, lo que le espera… Bueno, pues ya está, esto es lo que os quería enseñar. ¿La moraleja? Seguid con vuestras rutinas e intentad sentaros en el mismo sitio si no queréis que os coman los perros malos… Vale no es muy buena, ¿pero qué esperabais?, ¿una frase que os cambiara la vida? Pues siento haberos decepcionado. ¡Hasta otra!

Sí, sí, lo sé, no os he contado por qué ha pasado todo esto. Queríais una historia de misterio y miedo, ¿no? Pues aquí la tenéis. ¿Ahora queréis una explicación lógica? ¿En serio pensáis que existe? ¿No preferís quedaros con la duda? Bueno, me siento aquí y os lo cuento. Seguro que habéis oído algo sobre universos paralelos y esas cosas, pues lo que ha pasado aquí es que… ¡Ups! Estamos llegando al túnel, sigo cuando lo pasemos.

Capítulo 4

Relleno de Venganza

Se llamaba Peludito, había sido el muñeco preferido de Jaime. Se lo regalaron a los siete años, aún podía recordar su cara cuando quitó el papel que le envolvía. Estaba sonriente y llevaba un sombrerito de fiesta. Habían jugado cada día, los dos eran felices juntos. Pero el niño fue creciendo y Peludito cada vez salía menos a menudo de la caja de juguetes. Hacía tres años que estaban juntos cuando sucedió lo impensable. Lo recordaba perfectamente. Estaba en su caja, llevaba mucho tiempo sin salir a jugar, pero no le preocupaba, de alguna manera seguía creyendo que le quería. Entonces oyó a Jaime hablando con su madre, estaban ordenando la habitación. Jaime abrió la caja y la volcó en el suelo. Empezaron a coger todos los muñecos y los pusieron en otra caja de cartón, no le dedicó ni un segundo más que al resto. Lo encerraron allí, rodeado de muñecos, algunos medio rotos, otros tan viejos que incluso olían. Los llevaron al sótano, el lugar más húmedo y asqueroso de la casa. Lo habían tratado como al resto, como si fuera basura. Había sido el mejor amigo de Jaime durante años, no podían tratarle así, no era justo. El primer año fue duro, seguía pensando que se daría cuanta del error y volvería a buscarle, pero no tardó mucho en aceptar la verdad. Ya no le quería, ni siquiera le recordaba, estaba seguro. El odio fue aumentando, le consumía. Su corazón de peluche se fue ennegreciendo, pudriendo alejando toda la alegría y reemplazándola por algo malo. Allí abajo, en la oscuridad, no podía recordar nada bueno, todos sus recuerdos quedaron ocultos bajo tanta negrura. Decidió esperar, planear su venganza. Jaime debía sufrir y Peludito se encargaría. Pasaron veintidós años, las luces del sótano se encendieron, el día había llegado.

Jaime bajó al sótano de casa de sus padres, hacía dos años que vivía con su mujer y uno que había nacido su hija. Habían ido de visita y de paso cogerían los juguetes que aún guardaban de cuando era pequeño. Estaba todo lleno de polvo, hacía mucho tiempo que nadie bajaba allí. Encontró las cajas que buscaba, las cogió y las puso en el maletero de su coche, ya las abrirían en casa. Era ya de noche cuando empezaron a separar los juguetes que tendrían que tirar de los que podrían darle a su hija. Peludito se había mantenido limpio, con los ojos brillantes, si quería vengarse debía estar en buenas condiciones, no podía permitirse ningún fallo. Jaime ni siquiera lo miró. Su mujer sí, era una chica con el pelo negro, largo, con nariz respingona. Fueron los únicos rasgos que pudo ver durante los dos segundos que tardó en tirarlo a otra caja. Reafirmó su odio hacia los humanos, eran insensibles y crueles. Echaron a unos cuantos muñecos más encima de él, sin ningún cuidado. Los llevaron a la lavadora. Fue horrible, dando vueltas sin parar, rodeados de agua, dándose golpes los unos con los otros y contra el tambor de la máquina. Después de sacarlos de allí y lo colgaron por una oreja. ¡No podían hacerle esto! Le estaban

humillando. Al principio solo pensaba vengarse de Jaime, pero su mujer probaría del mismo plato.

Los pusieron en una caja, ésta al menos estaba decorada. Algunos de sus compañeros de celda no duraron mucho. La criatura del demonio que habían engendrado les arrancó las extremidades, los babeó completamente y los tiró por los aires desmembrados y perdiendo el relleno. Él no permitiría que le sucediera lo mismo, tenía que actuar pronto. Era de noche cuando se escapó de su caja, primero tendría que reconocer el entorno. Salió de la habitación y dio una vuelta por toda la casa, buscando sitios donde esconderse y objetos que le fueran útiles. Entonces entró en la habitación donde dormía Jaime y la encarnación de Satanás que tenía por mujer. Sería fácil matarles, pero antes quería que sufrieran. Iba a concentrar los veintidós años de sufrimiento en un día, después quizá sería compasivo y les quitaría la vida. Entró en el baño, subió hasta la estantería con la ayuda del hilo dental que encontró en uno de los armarios bajos y buscó las cuchillas de afeitar. Se guardó un par en una bolsa que había cogido en el comedor. Encontró las de depilar de esa mujer y se le ocurrió empezar con su venganza un poco antes. Estuvo un rato modificando las cuchillas que les dejaría. Decidió coger todos los paquetes de tiritas y vendas que encontró, no tendría gracia si se podían curar enseguida. Por esa noche ya había hecho suficiente, ahora tenía que encontrar un sitio donde aposentarse y preparar el resto de su plan.

Desde el desván oyó el grito de dolor y las palabrotas que lo siguieron cuando Jaime se afeitó. Un pequeño cambio en el ángulo de las cuchillas y hacerles unas cuantas muescas obraba milagros. Los engranajes de su venganza empezaban a girar, pronto vería cumplido su mayor deseo. Mientras los adultos se iban a trabaja y la niña estaba en la guardería, peludito siguió preparando las cosas, poco a poco pero con seguridad. No podía fallar nada. No tardó mucho en darse cuenta de que necesitaba ayuda, era mucho trabajo para un solo conejo de peluche. Necesitaba ayudantes. Se dirigió a la basura y cogió los restos de sus compañeros. Los volvió a unir como pudo, algunos quedaron mejor que otros. Con una de las cuchillas se hizo un corte, sacó un poco de su oscuro relleno y se lo fue poniendo al resto. Empezaron a moverse, ya eran parte de él, los controlaba. Ahora todo sería más fácil.

Primero llegó Cristina, la mujer de Jaime, con la niñita. La dejó en su jaulita para que jugara mientras le preparaba el biberón. De momento solo podían observar, tenían que estar los dos o no serviría de nada. Mientras le daba el biberón llegó él. Era la hora de movilizarlos a todos. Dejaron a la niña dormida en su cuna y se pusieron a cenar ajenos a lo que estaba sucediendo. Peludito dio las órdenes oportunas y sus secuaces se pusieron a la faena en silencio. Es una ventaja ser blandito cuando no quieres que te oigan. Dos estaban esperando a la puerta de la habitación de la niñita y dos más le ayudaban dentro. Todo estaba listo, era hora de

empezar la función.

La niña empezó a llorar, muy fuerte, nunca había llorado así. Sus padres se levantaron de la mesa y fueron corriendo hacia la habitación. Ni se dieron cuenta de los peluches de la entrada. Habían caído en su trampa, ya eran suyos. Estaban mirando a la niña cuando les dio la orden de cerrar a los de fuera. La puerta quedó atrancada, un taco de madera la bloqueaba y estaban acercando una silla para asegurarla. Dentro ni se dieron cuenta, Estaban centrados en el bebé. Entonces les tocó a los que estaban con Peludito. Con una cuerda que sacaron del desván les ataron los pies. El conejito apagó la luz, él no la necesitaba, al fin y al cabo sus ojos eran un par de botones. Jaime y Cristina se asustaron, cayeron de bruces al intentar encenderla. Ahora tenían que ser rápidos, atarles antes que pudieran levantarse. La mujer casi lo consiguió, pero Peludito le hizo un corte en la mano con una de sus cuchillas y volvió al suelo. Les taparon la boca con cinta americana. Ya les tenía donde quería, era hora de hacerles sufrir.

Volvió a encender la luz, necesitaba que le vieran, que supiera quien le estaba haciendo eso. De un salto se puso en el pecho de Jaime y le miró con sus ojos de botón. Dejó de retorcerse, no daba crédito a lo que veían sus ojos, tenía que ser una pesadilla. Cerró los ojos con fuerza, intentando alejar esa imagen que solo podía ser una alucinación, pero su antiguo peluche seguía allí, mirándole. Peludito sacó una de las cuchillas de su bolsa y la acercó a la cara de Jaime. Con un rápido movimiento de su pata le hizo un corte en la frente. Después otro en la mejilla y uno más en la barbilla, donde aún se intuía el corte que se había hecho afeitándose. Rebuscó en su bolsa y sacó una botella, en la etiqueta se leía “Alcohol 99%”. Desenroscó el tapón lentamente, quería hacer sudar a Jaime, que se diera cuenta de lo que venía a continuación. Inclinó la botella sobre la herida de la frente y dejó caer un par de gotas. La cinta apenas enmudeció el grito de dolor de Jaime y los dos peluches tuvieron que sujetar las cuerdas para que no se moviera. Peludito acercó su pata a la herida y la acarició, esparciendo el líquido por toda ella. El sudor empezó a caerle por la frente y se le enrojeció la cara de dolor e impotencia. Ahora era el turno de la mejilla, mismo procedimiento, mismo resultado. La de la barbilla la dejó para más tarde, si se lo hacía entonces apenas lo notaría, esperaría a que el dolor de las otras disminuyera. Ahora era el turno de Cristina. Tenía algo distinto para ella. Se acercó a un enchufe y conectó algo. Ella no podía ver qué estaba pasando, pero empezó a sentir calor en la cabeza. Olía a pelo quemado, era el suyo. Por el rabillo del ojo vio como Peludito se acercaba a su oreja con su plancha del pelo. Sintió un dolor intenso cuando le empezó a quemar la mejilla y las lágrimas empezaron a caerle por la cara

La tortura siguió durante horas. Les hizo todo lo que se le había ocurrido durante sus años en el sótano. Les arrancó las uñas de los pies, les quemó por todas partes, les hizo cortes en los lugares más dolorosos del cuerpo,

les arrancó las pestañas una a una con unas pinzas y les hizo mil cosas más. Jaime se desmayó dos veces, Cristina solo una. Ya solo le quedaba una cosa por hacer. Consiguió que se sentaran para que vieran mejor su actuación final. Subió a la baranda de la cuna, con una de las cuchillas en la pata peluda, haciendo movimientos cortantes en el aire. Vio cómo su público abría los ojos de par en par y empezaban a moverse, intentando liberarse de sus ataduras. Giró sobre sí mismo y de un salto se puso junto a la niñita dormida. Le acarició la frente cariñosamente con la mano libre, sin dejar de mirarles. La sonrisa cosida en su cara parecía la del mismísimo diablo, las costuras parecían dientes puntiagudos, preparados para morder y desgarrar. Los ojos brillaban, parecía que ardieran, la venganza estaba a un corte de llevarse a cabo. Lo que sufrirían al perder a su hija no sería ni la mitad de doloroso que lo que había sufrido él al ser abandonado, imposible, él lo había pasado muy mal durante mucho tiempo, no podía ser comparable. Entonces vio la cara de Jaime. Le había querido mucho ya hacía tiempo, en sus ojos vio miedo y por un momento sintió compasión. Empezó a apartar la cuchilla, no estaba bien lo que quería hacer. Quería a Jaime. ¿Estás seguro? Le pregunto una voz en su interior. La respuesta fue clara e intensa. No. Acercó la cuchilla al cuello de bebé, pero los segundos de duda habían sido cruciales. La niña había despertado justo a tiempo. Cogió a Peludito, él ni lo vio venir. Se le escapó la cuchilla de las patas. Empezó a zarandearlo, a moverlo, dándole golpes contra los barrotes mientras reía. Tiró de sus brazos y se los arrancó al romperse las costuras. Su relleno empezó a caer por la habitación como nieve gris. Los peluches deformes dejaron de hacer fuerza, Jaime y Cristina pudieron liberarse. Peludito ya no estaba, solo quedaban sus restos esparcidos por la habitación.

No sabían como era posible lo que habían visto, parecía una alucinación, pero los cortes y moratones eran reales. Tiraron la puerta abajo y salieron de allí con su hija en brazos. Cuando recuperaron la calma decidieron volver a la habitación y recoger todos los restos que encontraron. Lo quemaron en el patio, fuese lo que fuese era mejor destruirlo para que no volviera a suceder. Pero no todo el relleno acabó quemado, unos cuantos hilos quedaron en un pliegue de la mantita. La niña no tardó en encontrarlo y meterselo en la boca. El odio que formaba parte de esas fibras no tardó en extenderse por su nuevo huésped. Quizá no todo estuviera perdido para Peludito, su ansiada venganza todavía era posible. La adolescencia de la niña sería una pesadilla para sus padres.

Capítulo 5

Bote Salvavidas

Al fin había pasado la tormenta. Llevaban dos días sin salir del puerto y su economía no iba tan bien como para permitirse mucho más tiempo sin pescar. A las cinco de la mañana el Capitán les despertó a gritos.

-¡Levantaos malditos vagos! No os pago para dormir. En diez minutos os quiero en cubierta.

Dormían todos en la misma habitación, si se podía llamar habitación a eso. El mobiliario estaba formado por dos literas apretujadas en una pared y un pequeño sofá donde dormía el más joven del grupo. Tenían una cocinilla en una esquina, al lado de la bombona naranja que la alimentaba. El lavabo era un pequeño cuartito, más parecido a un armario empotrado. El retrete estaba estropeado y en su lugar utilizaban un cubo medio oxidado. En fin, que no vivían en un palacio, pero era lo mejor que habían podido encontrar. Por supuesto, el Capitán no vivía allí. Él tenía su propia casa donde vivía con su mujer.

Juan fue el primero en levantarse. Al bajar de su litera pisó la cara a Alfonso, que le cogió el pie y casi le tiró al suelo al grito de "hijo de perra". El siguiente fue Alejandro, le dio una patada a la cama que tenía encima para despertar a Carlos, que seguía roncando tranquilamente. El que tuvo un peor despertar fue Marcos. Le echaron el cubo de los meados por la cabeza. No era la primera novatada que le hacían, pero era mejor que vivir en la calle, al menos aquí sabía de quien eran los meados. Los cuatro supuestos adultos se estaban riendo como críos a su lado, algunos a medio vestir, otros aún desnudos.

Unos diez minutos más tarde estaban todos en cubierta, hablando de las mujeres a las que se habían beneficiado en su vida. El Capitán llegó cinco minutos después murmurando, como siempre.

-Bastardos de mierda, siempre llegáis tarde, os voy a descontar la mitad de la paga.

-Pero Capitán, nosotros hemos llegado… -dijo Marcos.

-¡Silencio huérfano! Si yo digo que habéis llegado tarde es que habéis llegado tarde y punto. ¡Venga, poneos a trabajar antes que le salga barba a mi mujer!

Los otros cuatro le dieron una colleja al chico mientras iban a prepararse. Salieron del puerto poco después. Apenas había salido el sol y la temperatura empezaba a subir lentamente. El mar estaba tranquilo y,

excepto en la bocana del puerto, limpio. La tormenta se había llevado toda la basura mar adentro. A lo lejos podía verse al resto de pesqueros, debían haber salido una hora antes. Con razón el Santa Ana era la vergüenza de la flota. Solo aquellos que no tenían otra opción aceptaban trabajar con el Capitán Francisco Brocal. Nadie le respetaba y siempre había sido el hazmerreír del puerto. Por esa razón su tripulación no era mucho mejor que él.

Juan, un hombre de treintaicinco años, había pasado casi toda su infancia en el correccional, a los dieciocho había seguido metiéndose en líos y había pasado por prisión más de una vez. Llegó al pueblo tres años atrás y después de ser rechazado en todos los barcos acabó, como no, en el del Capitán. Alfonso quizá era el más respetable, al menos era el único que tenía algún tipo de estudios. Hacía dos años que había pasado a formar parte de la tripulación. Nunca había contado porque había acabado allí y cada uno tenía sus teorías con las que le hacían burla continuamente. Alejandro era otro misterio, ni siquiera el Capitán sabía de donde venía o que hacía antes de llegar allí. Juan juraba haber visto un uniforme militar en su petate, le contaba a aquel que quisiera escucharle que seguro que había desertado de la Legión, siempre tan serio y con esos músculos… Nadie tenía huevos para preguntárselo. Carlos era un pobre desgraciado, había vivido toda su vida en el pueblo y siempre fue un pringado. Su mujer, la chica más fea de allí, le había puesto los cuernos con su vecino y lo había echado de casa. Casualidades de la vida, su vecino era el capitán del barco en el que trabajaba. Después de eso no le habían aceptado en ninguna otra embarcación y tuvo que conformarse con formar parte de la tripulación de los desgraciados. Finalmente estaba Marcos, un chico de apenas veinte años. Llegó al puerto hacía un mes, vestido con harapos, sin apenas carne recubriendo sus huesos y con heridas por todo el cuerpo. Pedía limosna a los pescadores que apenas le prestaban atención. Finalmente el Capitán se compadeció de él y le ofreció un puesto en su barco. Resultó ser un bocazas buscabroncas, pero con lo flaco que estaba y la pinta a crio que tenía, nadie se lo tomaba en serio. Aunque se insultaran constantemente y se rieran unos de otros, formaban una familia, no tenían a nadie más en el mundo.

Pasaron unas cuantas horas navegando y echando las redes hasta perder de vista la costa. Algunos se quitaron las camisas y dejaron que el sol tostara su piel. Marcos no soportaba ver toda esa carne peluda balancearse de un lado a otro, le repugnaban las protuberantes barrigas de sus compañeros y solía irse a proa si no le necesitaban. Los demás pasaban el rato fanfarroneando, fumando y bebiendo. De vez en cuando alguien meaba por la borda, alguna vez tan borracho que casi se caía. El Capitán hacía caso omiso a todo lo que pasase en el barco mientras no jodieran a su Santa Ana. El sol estaba en su cenit cuando decidieron ponerse a comer. No es que no hubieran comido nada hasta entonces, de hecho no habían parado, pero era la hora de ponerse morados. Sacaron el pan, un saco de garbanzos y cogieron lo poco que habían pescado hasta

entonces y se pusieron a hervirlo todo en la olla. Cuando estaban a punto de empezar Marcos se puso a gritar desde la proa. Apenas se le entendía. Se acercaron todos insultándole por no dejarles comer en paz.

-¿Qué coño pasa? –dijo el Capitán.

-¡Un bote salvavidas! ¡Allí! ¿Lo veis?

-¡Ostias, es cierto!

Se dirigieron hacia allá tan rápido como pudieron. De lejos no parecía que hubiera nadie a bordo, pero cuando llegaron vieron a un hombre echado en el bote hinchable con un chaleco salvavidas puesto. Estaba muy delgado y parecía que apenas respiraba. Había entrado agua y estaba medio hundido, había tenido mucha suerte de que estuvieran por esa zona. Lo subieron al barco junto con el bote y lo llevaron al camastro del camarote. Estaba inconsciente. Buscaron su documentación, pero no encontraron su cartera ni nada de utilidad. Le intentaron dar agua, pero apenas consiguieron que tragara unas gotas. Decidieron turnarse para vigilarlo mientras volvían a puerto, tenían aún unas cuantas horas de navegación por delante.

Como no, le tocó a Marcos el primer turno. Aprovechó el rato para curiosear el bote que habían subido, quizá así descubrieran de que barco venía. Parecía el típico barquito hinchable que podías comprar para ir a la playa pero con una luz de emergencia, un silbato y de un material más grueso. El nombre de la embarcación estaba pintado en uno de los lados. Aun estando medio borrado pudo leer "Gaviota II". No le sonaba el nombre, pero tampoco llevaba tanto tiempo en ese puerto como para reconocer a todos los barcos, y lo de memorizar nunca fue su fuerte. En el chaleco encontró el mismo nombre pintado con rotulador, pero nada más. Allí abajo, solo, sin nada más que hacer únicamente podía pensar en sus cosas. Se sentó en el banco al lado de la cama y olvidó todo lo que le rodeaba. Desde que se escapó de casa no le había ido mucho mejor, de los gritos y golpes de su padre había pasado a los de los vagabundos. Apenas había comido durante el tiempo que fue vagando por allí, hasta que llegó al puerto. Allí le habían acogido, habían sido todo lo buenos que se podría esperar de ellos. Mientras pensaba en eso una pequeña voz surgió dentro de su cabeza, era la suya, o eso le parecía. Me merezco mucho más, soy mejor que cualquiera de ellos. El Capitán es un inútil borracho, seguro que no sabe volver sin esos aparatos de guía. Debería cargármelos y así demostrarle que yo sí sé volver. Ese pensamiento se fue repitiendo continuamente, en un nivel del subconsciente al que apenas oía su mente. Pero consiguió llegar a la superficie y la idea de sabotear el sistema de navegación le pareció cada vez más atractiva. Al fin se darían cuenta de su potencial, esos imbéciles no valían ni para hacer la "o" con

un canuto. Al cabo de un rato mandaron a Carlos a sustituirle.

Ni siquiera se preocupó del náufrago, se sentó en el banco y se puso a hurgarse la mierda de entre las uñas. Siempre le enviaban a él a hacer las cosas malas, bueno, al menos hasta que llego el chaval. Como era el bufón del pueblo todos podían meterse con él. Ya es hora de que demuestre quien soy, esos imbéciles me deben mucho. Si, el muy cabrón de su antiguo jefe se tiraba a su mujer, y encima le echó de casa, de SU casa. Y estoy seguro que el Capitán también se la tiraba y Juan, Alejandro e incluso el chico se la han tirado. Dijo una vocecilla interior muy parecida a la suya. Dudó un momento, no estaba seguro de que esos le hubiesen metido la salchicha a su chica. ¿Te acuerdas de ese día que Juan te dijo lo buena que estaba tu mujer y se puso a reír? El Capitán también se rió. Pero solo era una burla por lo fea que era. ¿Seguro? Los muy cabrones se reían de mis cuernos. Tendría que hacer algo, estamos en medio del mar, ocurren accidentes, nadie se dará cuenta y quizá pueda quedarme con el barco. Esa idea le gustó mucho, haría algo, pero necesitaba más tiempo. Desconectare la radio, así estaremos aislados y si no sale como he planeado no podrán pedir ayuda. Si, haría eso, era la idea más inteligente que se le había ocurrido nunca. Las formas de consumar su venganza fueron desarrollándose en un cabeza hasta que llegó Alfonso a hacerle el relevo.

En cubierta Marcos estaba pensando en la manera de cargarse el sistema de navegación, Juan ponía las redes en su sitio con un pitillo entre los labios, Alejandro jugaba con su cuchillo mientras miraba al mar y el Capitán manejaba el timón con su botella de whisky al lado, cada vez más vacía. Carlos salió del camarote y arrancó los cables de la radio simulando que se había caído. El Capitán le dio una patada aún en el suelo y se puso a gritarle como loco. Todos fueron a ver que sucedía. Marcos aprovechó la confusión para desconectar la antena y pegó uno de los imanes que había cogido de la nevera del Capitán a la brújula del barco. Estaban demasiado ocupados insultando a Carlos para darse cuenta de lo que hacía. Cuando se calmaron los ánimos cada uno volvió a sus quehaceres.

Alfonso entró en el camarote, el tío del bote seguía inconsciente y parecía que iba a tardar bastante en recuperarse. Se sentó en el banco a leer uno de sus libros, si lo hacía en cubierta se reían de él e incluso alguno de sus libros había acabado en el mar. Diez minutos más tarde seguía leyendo la misma página, no había manera de concentrarse. Estoy seguro de haber oído a Juan comentar algo de la policía. Cuando ha visto que le miraba ha cambiado de tema. No podía ser, seguro que solo se lo había imaginado. No podían saber lo de su mujer. ¿Por qué no? Hoy en día uno se puede enterar de todo, para conseguir un poco de pasta seguro que me han denunciado. En cuanto lleguemos a puerto seguro que la poli está allí esperándome. Era imposible, seguro que ellos también tenían cosas a esconder, sino no estarían en este barco. ¿Y si han hecho un trato? Lo mío es peor que lo que sea que hayan hecho ellos. Tengo que impedir que me

cojan. Sí, era su única opción, tenía que hacerse con el control del barco y llevarlo a otro sitio. Sí, pero tendré que cargarme a Alejandro y al Capitán, seguro que intentan impedírmelo. Y a Juan, el muy cabrón seguro que me ha delatado. En cuanto saliera de allí se los cargaría uno a uno. No tenían que sospechar. Juan estaba a punto de bajar, si aprovechaba los otros no se darían cuenta. Ya lo oía bromeando con el Capitán. Alfonso buscó a su alrededor, necesitaba una arma. Encontró un gancho afilado para subir a los peces grandes a bordo, con eso clavado en el cuello no armaría mucho escándalo. El náufrago seguía dormido, si era necesario ya se encargaría de él después, por el momento no estorbaba. Finalmente Juan entro en el camarote seguido por los insultos del Capitán. No lo vio venir, en el tiempo que tardó en decir "Alfonsito" la punta del gancho le sobresalía del cogote y la sangre empezaba a caerle por el pecho. Alfonso lo dejo caer poco a poco, lo escondió en una esquina tapado con unas sábanas, que se tiñeron de rojo rápidamente. Subió como si no ocurriera nada, el gancho lo dejó allí abajo, resultaría sospechoso si lo llevaba arriba.

Fuera estaban todos discutiendo, los sistemas de navegación no funcionaban y el Capitán se había perdido. Marcos pedía que le dejaran llevarlo a él y no paraban de reírse en su cara. Carlos estaba malhumorado en un rincón, mirándoles a todos con cara de odio y murmurando para sus adentros. La tensión se palpaba en el ambiente. Alejandro agarró a Marcos por la cintura cuando se abalanzaba a pegar al Capitán. Carlos aprovechó ese momento para quitarle el cuchillo del cinturón al musculitos y se lo clavó repetidas veces en los riñones. Soltó al chico que tenía entre los brazos y apenas tuvo tiempo de darse la vuelta antes de caer de rodillas con los ojos en blanco. El loco del cuchillo se abalanzó hacia el Capitán al grito de "¡Malditos puteros, folla esposas! ¡Os cortaré las pollas!". Francisco no tuvo tiempo de apartarse. Le manaba sangre a borbotones de la entrepierna y no dejaba de maldecir mientras se le escapaba la vida por sus pelotas. Alfonso fue más rápido, bajó al camarote y cerró la puerta. Marcos estaba en shock y Carlos se estaba volviendo hacia él. Consiguió dar un par de pasos hacia atrás. Vio como el cuchillo se acercaba y cerró la puerta de la cabina justo a tiempo. Carlos se golpeó contra la puerta y cayó semiinconsciente al suelo. Marcos no lo dudó, entró, le quitó el cuchillo y le rajó el cuello. Se quedó allí sentado, viendo toda la sangre, la masacre que había ocurrido en apenas unos pocos segundos. ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo habían llegado a ese extremo? Alfonso y Juan aún estaban vivos, estaban en el camarote, tenía que ir con ellos y decirles que ya había pasado todo. Bajó allí con precaución para no pisar al Capitán que se había quedado medio tendido en las escaleras. Llamó a la puerta y abrió. Lo último que vio fue la punta del gancho acercándose a su ojo. Se desplomó inmediatamente.

Al fin Juan estaba solo. Empezó a sentirse mareado y le dio la sensación de estar soñando, no podía ser real, todos sus compañeros habían muerto y a dos se los había cargado él. Soltó el gancho y vomitó todo lo que tenía en el estómago. ¿Por qué lo había hecho? Era imposible que hubieran

descubierto lo que le hizo a su mujer y aun así tampoco era tan grave. No lo has hecho tú. Dijo su voz en su interior. Yo te he llevado a ello. Yo os lo he provocado. Ahora con la voz de Carlos. Vosotros destruís nuestro mundo, acabáis con los seres que viven aquí, no podemos permitirlo más. Dijo la voz de Marcos en su cabeza. Jamás aprenderéis. Sintió un movimiento detrás de él, el náufrago estaba en pie y había cogido el gancho. Di adiós a tu vida. Profirieron miles de voces distintas en su cerebro.

En mitad del mar una sombra se balanceaba entre las olas, un pequeño bote hinchable y dentro ser delgado con un chaleco. En ambos las palabras Santa Ana se distinguían claramente. Solo necesitaba esperar a una nueva víctima y el tiempo nunca había sido un problema para eso.

Capítulo 6

En el Sótano

Podía oír la lluvia en el exterior mientras arrastraba el cuerpo por el suelo. Un relámpago iluminó la estancia creando sombras aterradoras. Dejó escapar un grito cuando llego el trueno, soltó el cadáver y se arrastró llorando hacia la pared más próxima. No podía apartar la vista de lo que había hecho. Se tapó los ojos con las manos, la sangre en ellas la hizo gritar. Intentó limpiarlas contra los pantalones, pero solo conseguía extenderla más. De repente la poca luz que proporcionaba la solitaria bombilla colgada del techo se apagó. La penumbra la rodeaba. Allí abajo, con la única compañía del cadáver del que una vez fue su amigo, a oscuras y con la lluvia golpeando la pared entendió lo que el miedo significaba en realidad.

Reunió valor para levantarse y se acercó a la puerta a tientas, intentando evitar el cuerpo que descansaba en mitad del sótano. Sabía que la puerta seguiría cerrada, pero tenía que intentarlo, no podría aguantar mucho más allí abajo sin volverse loca. Sintió el suelo mojado con sus pies descalzos. Otro rayo alumbró la sangre que estaba pisando, se encontró con los ojos sin vida de su compañero. "¿Los ha movido? Será el relámpago." Pensó poco convencida. Finalmente llegó a la puerta, intentó abrirla, golpearla, empujarla pero no consiguió nada. Se puso a gritar de rabia e impotencia mientras le daba un golpe tras otro. No sabía cómo explicaría lo que había sucedido allí, pero en ese momento lo único que le importaba era salir de allí cuanto antes. Cuando se cansó se dejó caer de espaldas a la puerta, sollozando.

Había perdido la percepción del tiempo, podía haber pasado media hora o medio día desde que se despertó allí. ¿Se había vuelto a dormir? No lo recordaba. La lluvia había parado al fin. La luz no había vuelto y la que se colaba por el sucio cristal de la ventana cada vez era menor. Pronto la noche lo volvería todo negro y entonces, estaba segura, enloquecería. Seguía sentada en el suelo, con la cabeza entre las rodillas y las manos detrás de la cabeza, intentando no pensar en lo único en que podía pensar, en lo que se había convertido en una figura amorfa tumbada en el suelo. Después de la lluvia el silencio había ocupado toda la estancia, solo podía oír su respiración y de vez en cuando alguna gota cayendo de los arboles cercanos. Cerró los ojos.

Se despertó sobresaltada. ¿Había oído algo o lo había soñado? Finalmente había llegado la noche, tiñendo de negro todo lo que la rodeaba. Volvió a oírlo, algo se había movido, no podía ser, estaba sola. ¿Estaba sola? Una voz en su interior le recordó lo que había pasado allí abajo. Pero era imposible, estaba muerto, lo había comprobado, se había asegurado de que lo estuviera. ¡Otra vez! Se levantó de un salto tapándose la boca para

no gritar. Notó el sabor de la sangre que cubría sus manos. Cada vez parecía más cerca. Sentía la necesidad de apartarse, pero estaba muerto, lo sabía. La racionalidad dio paso al pánico más extremo cuando le pareció que la suya no era la única respiración que oía. Corrió siguiendo la pared, sin saber hacia dónde iba. Resbaló con un charco, consiguió agarrarse a una estantería apoyada en la pared. Cedió. Sintió el suelo contra su cara. La estantería cayó sobre de ella echándole todas las cajas que tenía encima. Algo muy pesado le golpeó la pierna. El dolor la hizo gritar con todas sus fuerzas. Intentó moverse, salir de allí abajo, pero le era imposible, no solo no podía quitarse las cosas de encima, cada vez que se movía un dolor indescriptible le subía por la pierna aplastada. No podía hacer nada. Entonces recordó porque corría, se quedó en silencio, escuchando, esperando. No oyó nada. Podía sentir cada latido de su corazón en sus oídos.

Abrió los ojos. Pudo ver algunas cajas delante de ella. La luz volvía a entrar débil por la ventana, pero desde donde estaba apenas podía ver la mitad de la habitación. Intentó moverse, pero el dolor de la pierna se lo impidió. Poco a poco se giró para ver que le había pasado. Al principio no comprendió lo que veía, la forma en que estaba su pierna era imposible, no se podía doblar de esa forma. Entonces se dio cuenta de que eso blanquecino y rojo no era su pantalón. La pierna estaba prácticamente partida por la mitad, el hueso asomaba por la herida y estaba rodeado de una sangre oscura y espesa. Apartó la vista. Se empezaba a sentir mareada y notó el vómito subiendo por su garganta.

Recuperó la consciencia con el sabor de la bilis en la boca, rodeada de su propio vomito. La luz había cambiado. Notaba mucho calor y el dolor de la pierna había aumentado. La cabeza le daba vueltas y tenía la vista nublada. Le costaba pensar con claridad. Solo conseguía oír su respiración y el repiqueteo de unas gotas en un tejado metálico. Al cabo de un rato se habían convertido en martillazos dentro de su cráneo. No pudo más y se puso a gritar hasta que le dolió la garganta. Cada vez tenía más calor, le ardía la cabeza, seguro que tenía fiebre, lo que le faltaba. Pasaba el tiempo medio inconsciente, dormitando y despertándose sobresaltada por el dolor cuando se movía en sueños. Vio figuras moviéndose delante de ella, intentó llamarlas pero al cerrar los ojos ya se habían ido. De vez en cuando se paraba delante de ella el chico con el que había entrado en el sótano, ella siempre cerraba los ojos cuando ocurría, cuando los volvía a abrir ya se había ido. Volvió la oscuridad de la noche, pero ya no le importaba, ya no le importaba nada, quería dormirse de una vez y no despertar. Cuando estaba despierta veía al chico, mirándola a los ojos, con la misma sonrisa que la había convencido para bajar allí. Una vez vio a sus padres pasar por delante de ella, mirarla y seguir adelante. Ella les pedía que la ayudaran, que se pararan, que no volvería a irse de casa, pero siempre desaparecían entre las sombras.

Cuando volvió a entrar el sol la fiebre había empeorado. Las alucinaciones iban a peor. El chico aparecía cada vez más a menudo. Empezó a decirle cosas, las mismas palabras que le había dicho cuando bajaron allí, que tenía que calmarse, que él la ayudaría, que era su amigo, que todo iría bien, que sus amigas habían pasado por lo mismo, que solo tenía que echarse y relajarse. Con cada palabra que pronunciaba le aparecía una herida nueva, las mismas que le había hecho ella hacía una eternidad. En ningún momento se le borraba la sonrisa cálida de la cara, la expresión de tranquilidad forzada. Cada vez que ocurría gritaba con la poca voz que le quedaba y acababa desmayándose. Sus padres volvieron a aparecer delante de ella, esta vez se pararon y la miraron. Se podía ver el odio en sus ojos. Le dijeron que era una decepción para ellos, que se merecía lo que le estaba pasando. Su hermana apareció detrás de ellos, era su hermana mayor, pero parecía más joven que ella, como la última vez que la vio, con ese vestido que le gustaba tanto para salir de fiesta y sus zapatos. Le dijo que era estúpida, que no había aprendido nada de ella. Parpadeó y ya no estaban. No podría aguantar más, se estaba volviendo loca, si no se había vuelto ya, y solo podía ir a peor. Sintió la necesidad de salir de allí de inmediato, intentó arrastrarse con las manos. Gritando de dolor consiguió avanzar un palmo, hasta que el hueso que le salía de la pierna tocó la estantería. El dolor fue insoportable.

Apenas podía ver cuando despertó de nuevo. Ahora estaban todos delante de ella, hablando a la vez, gritándola, señalándola. La cabeza le iba a explotar. Cerró los ojos con fuerza, se tapó los oídos y se puso a gritar. Le dolía todo el cuerpo, le ardía la cabeza y tenía la sensación que los ojos le iban a salir de las cuencas. Cuando volvió a abrir los ojos volvía a estar sola. Se puso a llorar, apenas le quedaban lágrimas. Entonces oyó que se abría la puerta, no podía verla desde donde estaba, oía voces, le eran familiares. Eran un chico y una chica, habían entrado. Eentonces los vio, él era un chico guapito, con una sonrisa dulce, pero parecía forzada, la chica era un palmo más baja, con el pelo recogido en una cola. Los dos iban vestidos de fiesta. La sentó en el sofá del rincón, entonces los reconoció. Era otra alucinación y no quería verla, no quería ver otra vez como había matado a su mejor amigo, pero no pudo cerrar los ojos. Empezaron a hablar, él le pedía que se calmara, que tenía que estar tranquila, que pronto acabaría, que no era la primera vez que lo hacía. Había elegido mal las palabras y ella estaba demasiado colocada para darse cuenta que lo que él quería era que se le pasara.

Alguien había llevado drogas a la fiesta, no recordaba quien, y la convenció para que las probara. Su amigo la había encontrado a punto de entrar al coche de un chico claramente bebido. Cuando le dijo que no fuera ella se le lanzó encima e intentó besarlo, pero él la apartó. Consiguió llevarla al sótano, era el único sitio donde no se oía la fiesta. Ella seguía flirteando con él, pero no dejaba de apartarla. Como no conseguía que la besara le cogió las llaves del sótano y empezó a jugar con ellas. Él intento recuperarlas, pero ella las tiró por la ventana, riendo. Consiguió que se

sentara y empezó a decirle todo aquello. Ella empezaba a tener el bajón e interpretó mal todo lo que le dijo, pensó que quería violarla. No quería volver a ver aquello. Ella se apartó de él, cogió algo y empezó a golpearlo, cuando estuvo en el suelo siguió golpeándolo en la cabeza, la sangre lo salpicaba todo. Al final se vio sentándose otra vez en el sofá, cubierta de sangre. Allí es donde se había despertado al día siguiente. Las pocas lágrimas que le quedaban le recorrieron las mejillas mientras se veía desaparecer en la oscuridad. Tenía sed, hambre y le dolía todo el cuerpo, pero consiguió cerrar los ojos.

La despertó la luz y el ruido de gente moviéndose y hablando. No los conocía, uno estaba mirándola y le decía algo que no entendía. Ya no sentía el peso de la estantería aplastándole el cuerpo. Todo se movía a su alrededor cuando la pusieron en la camilla y la llevaron a la ambulancia. Los ojos le dolían con tanta luz y apenas veía nada. En la ambulancia apareció su hermana sentada a su lado. La miraba, sonriendo, entonces alguien se sentó allí y desapareció. Ella intentó agarrarla, pero estaba atada a la camilla. No quería perderla, otra vez no. Le había fallado. Quería pedirle perdón, quería que volviera. La última vez que la vio iba a una fiesta, con su vestido preferido. La policía dijo que había consumido drogas en la discoteca y su coche había invadido el carril contrario. Habían muerto ella, su acompañante y el conductor del coche contra el que habían colisionado. No se había despedido de ella porque le había cogido prestados sus zapatos preferidos para ir al colegio. En el entierro había prometido que jamás probaría las drogas. No solo había traicionado la memoria de su hermana, había matado a su mejor amigo. Habría deseado morir en ese sótano, no quería vivir sabiendo lo que había hecho. La ambulancia llegó al hospital, allí vio a su amigo y a su hermana mirándola, sonreían, cerró los ojos. La oscuridad la envolvió al atravesar las puertas de urgencias.

Capítulo 7

En el Silencio de la Noche

Los sonidos de la noche: el viento susurrando palabras entre las hojas de los árboles, el crujido de la madera al contraerse, los pasos de algún trasnochador por la calle, el goteo de un grifo mal cerrado, los ronquidos de un vecino y finalmente ese extraño sonido que todos oímos, una especie de pitido muy suave que todos ignoramos, el sonido del silencio. Ni siquiera el silencio es silencioso, es un ruido que se te mete en la cabeza y puede no dejarte dormir. Te recuerda a la soledad, al tiempo que pasa inexorable mientras lo escuchas. Te invita a pensar, a darle vueltas a las cosas, a tus problemas y tus preocupaciones. Se convierte en el sonido de tus miedos más profundos. ¿Y si no es el silencio? ¿Y si es la respiración de alguien esperando para hacerme daño? Todo eso pasa por nuestra cabeza por la noche, cuando no conseguimos dormir y estamos allí, echados en la cama, con los ojos abiertos, sin ver nada, escrutando la oscuridad en busca de esos ojos brillantes que nos mirarán con hambre, escuchando para saber cuándo ocurrirá el ataque, cuando deberemos taparnos con las sabanas para que nuestros miedos no puedan entrar dentro de nosotros y apoderarse de nuestra mente. La oscuridad, el silencio y nuestra imaginación crean un coctel de terror cuando menos lo necesitamos y nuestra única defensa es un trozo de ropa, capaz de protegernos de todos los males de la noche. Con el tiempo maduramos, pero seguimos intranquilos rodeados de oscuridad y silencio. Pasamos a dormir acompañados y estos miedos se disipan, tenemos a esa persona especial a nuestro lado, nos protegerá y la protegeremos, nos dirá que solo son imaginaciones nuestras aunque no lo crea y eso nos tranquiliza. Pero ¿qué sucede cuando volvemos a dormir solos? Vuelven nuestros antiguos miedos y nuestra única defensa vuelve a ser un poco de tela, no hay nadie a nuestro lado para tranquilizarnos, para abrazarnos y que nos sintamos seguros. Todos estos pensamientos daban vueltas por la cabeza de un chico mientras intentaba conciliar el sueño.

Hasta hacía dos semanas había tenido a alguien a su lado, una chica… la chica. Pero la mala decisión de un camionero de beber más de lo razonable la apartó de su lado. La había amado y aún la amaba más de lo que había amado nunca a nadie, la echaba de menos y todas las noches se acostaba pensando en ella y llorando. Recordaba cada momento, cada abrazo, cada beso, cada “te quiero”, cada “buenas noches cariño”… La primera semana apenas había dormido, solo el cansancio consiguió que cerrara los ojos unas pocas horas y estaban llenas de pesadillas, muchas veces se despertaba gritando y llorando. La segunda semana consiguió dormir un poco más. En sus sueños aparecía ella, tan bella como la última vez que la había visto con vida, en sus sueños volvía a ser feliz. La luz del sol rompía su alegría y le golpeaba con la realidad de una cama medio vacía, la perfecta metáfora de cómo se encontraba su vida, y no podía

hacer otra cosa que llorar. Iba a trabajar como podía, movido únicamente por su fuerza de voluntad, con los ojos nublados y lagrimosos, sin ganas de nada. Lo único que esperaba era la noche, cuando podía volver durante unas horas a su lado en los sueños, cuando volvía a ver su sonrisa, la más maravillosa que jamás había visto, aquella que era capaz de iluminar su día por nublado que estuviera.

Todas las noches se acostaba y se dormía casi de inmediato, pero esa noche no pudo. Se quedó mirando la nada, intentando que llegara el descanso del sueño sin conseguirlo. Escuchaba cada sonido, veía cada sombra al moverse por los faros de algún coche que pasaba por la calle y no conseguía dormir. Su cabeza estaba llena de pensamientos, de ideas que se superponían. La lluvia empezó a golpear la ventana, en la lejanía se empezaron a escuchar truenos. Oyó un ruido que no reconoció en el comedor. Se levantó y fue hacia allí. Apretó el interruptor y la luz le cegó durante unos segundos. No había nada extraño. Se acercó a la ventana y vio caer la lluvia, hacía tiempo que no llovía tanto. Fue a la nevera a beber un poco de agua antes de acostarse. Al abrir el frigorífico, el resplandor de un relámpago dibujó su sombra delante de él y la luz se apagó de repente. Se sobresaltó y casi gritó. Debían haber caído los plomos. Se acercó a la caja de fusibles y movió los diferenciales que habían caído, pero la luz no volvió. Debía ser un problema de la red. Volviendo a su habitación un relámpago ilumino la sala de estar. Una figura humana se dibujó en la ventana durante unas milésimas de segundo, pero allí no había nada. Se fue a su cama.

La lluvia seguía golpeando el cristal. Empezaba a cerrar los ojos cuando otra vez el resplandor dibujó una sombra en la pared. Se tapó con las sabanas hasta la cabeza, temblando. Solo eran imaginaciones suyas, no había nadie allí, solo estaban él y su imaginación desbordada por la falta de sueño. Cerró los ojos con fuerza y repitió una y otra vez en su cabeza “duérmete, duérmete, duérmete”. Al cabo de un rato el sonido de la lluvia se fue disipando poco a poco y el silencio lo envolvió todo. Parecía que había conseguido dormirse finalmente. La sintió detrás de él, sintió su brazo rodeándolo como había hecho muchas noches. Sintió el olor de su perfume, el sonido de su respiración, el calor de su cuerpo en contacto con el suyo y volvió a ser feliz. Le susurró “Te quiero” y ella le dio un beso en la mejilla, tan suave y dulce como los que recordaba. Él se giró, pudo ver su silueta acostada a su lado, acercó su cara a la de ella y la besó. Ella le devolvió el beso. Estuvieron un rato abrazados. Notaba la suave caricia de su pelo en sus mejillas, la cálida respiración en su cuello, el latido rítmico de sus corazones. De sus labios escaparon cuatro palabras “te echo de menos”. Ella lo abrazó aún más fuerte, él sintió sus labios moverse cerca de su oído cuando dijo “y yo a ti”. Sintió una lágrima cálida corriendo por su mejilla. Ella apartó su cara para verle mejor, le dedicó una de sus más preciosas sonrisas y besó su mejilla allí donde se había parado la lágrima, volvió a apartarse y le dijo “no llores, siempre estaré contigo”. Una sonrisa triste se dibujó en el rostro de él mientras más

lágrimas escapaban de sus ojos. Ella lo volvió a abrazar con fuerza mientras susurraba “no me dejes, no te vayas”, él contestó “no lo haré”. Al cabo de un rato él se tumbó boca arriba, ella apoyó la cabeza en su pecho, él la rodeó con su brazo. ¿Cuantas veces habían dormido así? Él sentía el peso en su pecho, ella el latido de su corazón y el movimiento de sus pulmones al respirar. Ella se durmió, lo notó por su respiración, más pausada. Él se quedó un rato más despierto, disfrutando de ese sueño tan maravilloso que estaba viviendo. Miró la ventana, no llovía. Se quedó mirando el techo, la oscuridad. Entonces se dio cuenta de algo. Sentía la respiración de ella, podía oír el viento en los árboles, oyó crujir algún mueble, todos sonidos normales, los había oído en otros sueños, pero había algo más. El silencio, podía oírlo, el pitido suave. Jamás lo había oído soñando. Ahora que lo pensaba empezó a darse cuenta de más cosas. Era el sueño más real que había tenido nunca. Pequeños detalles lo atestiguaban, no se veía a sí mismo, lo veía todo con sus ojos, sentía el cuerpo de ella encima del suyo, nunca le había sucedido. Sus ojos empezaron a cerrarse, no pudo evitarlo. Se durmió con una sonrisa en su boca, ella estaba allí, con él, otra vez.

La luz del sol entró por la ventana. Él aún notaba su peso en el pecho, aún sentía su calor, pero al abrir los ojos ya no estaba, la habitación estaba vacía. Miró a su alrededor intentando entenderlo, buscando alguna prueba de que había estado allí. Seguía en su lado de la cama, aún no había podido dormir ocupando el de ella, pero esta vez ese lado también estaba deshecho. Se levantó de un salto, fue a la sala, pero no estaba allí. Fue al baño, no había ni rastro de ella. Se derrumbó, cayó de rodillas, sollozando, las lágrimas inundando sus ojos. Como podía ser tan cruel su mente, como podía hacerle eso. Mientras estaba así, un escalofrío recorrió su espalda, sintió una brisa acariciar su hombro y dentro de su cabeza oyó aquella voz dulce y cariñosa que seguiría amando toda su vida susurrando “Siempre estaré contigo”. Sin abrir los ojos acercó su mano al hombro y pudo notar su calor, su presencia. Dejó la mano allí mientras lloraba. Estaba con él, como había estado siempre que la había necesitado. Estaría a su lado hasta que la olvidara y él nunca lo haría.

Capítulo 8

Introvertido

Aquí estoy… he vuelto a llegar demasiado temprano. Bueno, tendré que esperar un rato, justo lo que necesito para ponerme más nervioso. Mejor les espero fuera del bar. Toda la semana esperando para volver a verlos y ahora preferiría estar en casa sin tener que relacionarme con nadie… nunca entenderé porque me pasa esto… Ahora llegan los primeros, vamos a sentarnos. Como siempre hablan de sus cosas, de gente que no conozco y me quedo en un rincón con mis propios pensamientos. Llega el camarero, yo pido agua, como siempre. Repiten la misma broma que cada vez que vamos a un bar… Ya veo a los demás acercándose a nuestra mesa. Creo que mi corazón se ha saltado un latido cuando no la he visto al principio, pero allí está. Nos saludamos y nos sentamos, yo en mi rincón, ella centrada, en mi diagonal. Quiero mirarla todo el rato, pero a la vez no quiero que me vea mirándola, pensara… no sé qué pensara, pero seguro que sería algo malo. Siguen hablando, apenas escucho la conversación y aún menos participo en ella. Debería decir algo, parecer interesante, llamar la atención, ¿cómo si no va a enterarse de que existo? No, será mejor que me quede callado, si hablo meteré la pata y pensará que soy estúpido. Pero si no digo nada también lo pensará. ¿Qué puedo decir? Ya lo sé. Les diré… no, mejor eso no. Bueno, tengo que decir algo. Ahora. Mierda, apenas me ha salido un hilo de voz y alguien ha dicho otra cosa a la vez. Al menos ha pasado desapercibido.

No quiero que nos vayamos, y no quiero estar más aquí. Ojalá pudiera decirle todo lo que me pasa por la cabeza. Que no dejo de pensar en ella, que cada vez que la veo quiero sentirla entre mis brazos, sentir sus labios en los míos. Pero no puedo, si lo hiciera dejaría de ser mi amiga, eso en el mejor de los casos. ¿Cómo iba a querer una chica como ella salir con un chico como yo? No es que sea perfecta, nadie lo es, y por eso me gusta tanto. Me gusta lo que hay bueno en ella, pero también sus pequeños defectos, lo que la convierte en quien es. La gente perfecta es aburrida, monótona, odiosa. Ella es perfectamente imperfecta y por eso quiero estar con ella.

¡Me está hablando! ¿Qué ha dicho? La estaba mirando a los ojos y me he perdido en ellos, tengo que mirarla a los labios. No sé ni que he respondido, pero sonríe. Me encanta, su sonrisa es contagiosa, me hace sentir como si todo fuera a ir bien. Ya está hablando con otra persona, seguro que he dicho alguna estupidez y prefiere pasar de mí. Me pongo a hablar con otro del grupo, al menos así puedo intentar alejarla de mi cabeza y pensar en otras cosas.

Está hablando con nosotros, y yo también estoy hablando. Me sonríe, ¿que significará? Puede que tenga alguna opción al fin y al cabo. Aunque

seguramente solo sea que es simpática con la gente, yo solo soy otro más, apenas significo nada para ella. Tengo que quitármela de la cabeza antes que sea demasiado tarde, si no lo es ya. No sería la primera vez que me gusta una chica y, por creer que tengo alguna oportunidad, la pierdo como amiga. Ojalá fuera todo más fácil, ojalá tuviera más seguridad en mí mismo.

Ya nos vamos. Llegó la hora de la despedida. Nos damos dos besos y entonces me doy cuenta de que ya es demasiado tarde, ya no podré dejar de pensar en ella. Me ha apretado el brazo con cada beso, ¿eso significa algo? No lo sé, pero quiero creer que sí y lo creo. Una sonrisa se dibuja en mi cara cuando me aparto, pero ella ya está mirando al siguiente del que se va a despedir. No ha sido nada, soy estúpido, es la única explicación. Me despido del resto y me dirijo a la estación.

No dejo de recordar cada momento que hemos pasado, pensando respuestas originales, divertidas, interesantes a lo que se ha dicho y que, por supuesto, no se me han ocurrido hasta ahora que ya son inútiles. También repaso cada vez que he interactuado con ella, cada gesto que puedo recordar, cada palabra que pudiera significar algo. Y me engaño a mí mismo, en realidad solo soy un chico más al que conoce. O puede que no, me digo a mí mismo. Recuerda cuando os habéis despedido, la sonrisa que ha puesto al acercarse a ti podría significar algo… o no. ¿Qué tengo que hacer? Olvidarla. Si claro… como si pudiera. Ojalá el trayecto en tren fuera más corto, no me comería tanto el coco…

Ya estoy en casa, delante del ordenador, mirando la pantalla. Está conectada, ¿le digo algo? No, nos acabamos de ver. ¿Qué le diría? Hola… ¿y después? No lo sé. Parecería estúpido, seguro que la molesto. Será mejor que no diga nada, esperaré a que diga ella algo. No, sé que no lo haré, nunca lo consigo, pero esperaré a mañana, quizá sí me diga algo. Por un día no pasará nada y así tengo tiempo para pensar algún tema del que hablar para empezar yo la conversación. Quizá espere un par de días mejor, si no pensará que soy un pesado. Ya está desconectada. Me habrá visto conectado y habrá pensado que iba a hablar con ella y ha preferido desconectarse. Mejor apago el ordenador y voy a mirar la tele, quizá así pueda dejar de pensar en ella por un rato.